

Un encuentro en Yaxchilán

La persecución, involuntaria pero que la historia reivindica, de un inglés y un francés hacia el encuentro de unos palacios (templos) semidevorados por la selva del Petén; la tosudez de un austriaco que llegó con las huestes de Maximiliano, decidió quedarse en el país y ejercer la arqueología; las lecturas de una arqueóloga que encuentra en las estelas mayas interpretaciones de carácter histórico, donde otros sólo habían visto la deificación del tiempo abstracto; un proyecto arqueológico que lucha contra la selva y al mismo tiempo, y sobre todo, a favor de ella: esta es la biografía anecdótica de un sitio arqueológico que por lo menos en la época contemporánea ha sido bautizado con tres nombres, y seguramente en el tiempo de su florecimiento tuvo otros tantos —desconocidos para nosotros.

En 1882, el inglés Alfred Percival Maudslay se “tropieza” con la zona arqueológica que yace a orillas del río Usumacinta, mientras lleva a cabo sus investigaciones sobre fauna y flora que después recopilará en el libro *Biología Central Americana* (1915). Así, para desgracia y desconcierto de un honesto sabio francés, se convierte en el primer explorador contemporáneo que contempla y recorre el sitio, al que llama (no se sabe por qué razones) Menché—Tinamit, en el capítulo llamado “Arqueología” de su libro.

Por instrucciones de Maudslay, entre 1883 y 1886 Gorgonio López sustrae y envía ocho dinteles para el Museo Británico. (Por cierto que uno de estos dinteles llegó al museo Für Völkerbunde de Berlín, donde desapareció bajo un intenso bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial.)

El francés Désiré Charnay —procedente de Frontera, Tabasco— llega al sitio dos días después del arribo de Maudslay

y lo rebautiza con el nombre de “Ville Lorillard” (Ciudad Lorillard) en honor del mecenas de la exploración que realiza. Ahí saca numerosas fotografías, toma notas, visita algunas aldeas de lacandones que se encuentran asentadas por aquel entonces en las cercanías del lugar; y se apresura a publicar todo este material en un libro titulado *Les anciennes villes du Nouveau Monde* (Las antiguas ciudades del Nuevo Mundo) (París, 1885).

En este libro, en el capítulo titulado precisamente “La Ville Lorillard”, Charnay describe su encuentro con Maudslay, que califica de “afortunado y desgraciado” a la vez. Ambos están desesperados. El inglés cuenta con dos grandes canoas; está en las ruinas sufriendo la escasez de víveres. El francés, con alimentos suficientes, a cinco leguas de las ruinas, se encuentra imposibilitado —por la falta de canoas— para lograr el objetivo de su viaje. Una frase de la fábula “El Ciego y el Paralítico” le viene a la mente: “tú me conducirás y yo te alimentaré”

A la izquierda y a la derecha, las ruinas se presentan ante mi vista, extrañas, casi novedosas en su disposición general, pero palenqueanas en su arquitectura, sus detalles y su decoración.

Avanzo, y navegando por el río, como a 300 metros, veo venir hacia mí a un robusto y rubio joven que identifico a primera vista como un inglés y un caballero. Nos damos la mano; por la tarjeta que le había enviado, sabía mi nombre, que ya conocía; él me dijo el suyo: “Alfred Maudslay, de Londres”, y, como yo estaba algo estupefacto y desconfiado, Alfred Maudslay, adivinándome el pensamiento, me dijo inmediatamente: “No se sienta celoso por



mi presencia; quizá por accidente he llegado a estas ruinas antes que usted, de la misma manera que usted pudo haberlo hecho antes que yo; no soy un rival y no tiene nada que temer. Sólo soy un simple aficionado que viaja por placer; usted es un sabio y la ciudad le pertenece: bautícela, explore, tome fotografías, moldee, está en su casa. No tengo la intención de escribir ni de publicar nada; si lo cree conveniente, no hable de mí

y guárdese la conquista para usted solo; y ahora, déjeme guiarlo; le he acondicionado uno de los palacios; su morada lo espera”.

Me conmoví profundamente por tal delicadeza, pero no podía aceptar el ofrecimiento de mi generoso compañero de viaje, y amistosamente vamos a compartir la gloria de haber explorado esta nueva ciudad.

En ella vivimos juntos, trabajamos juntos; partimos

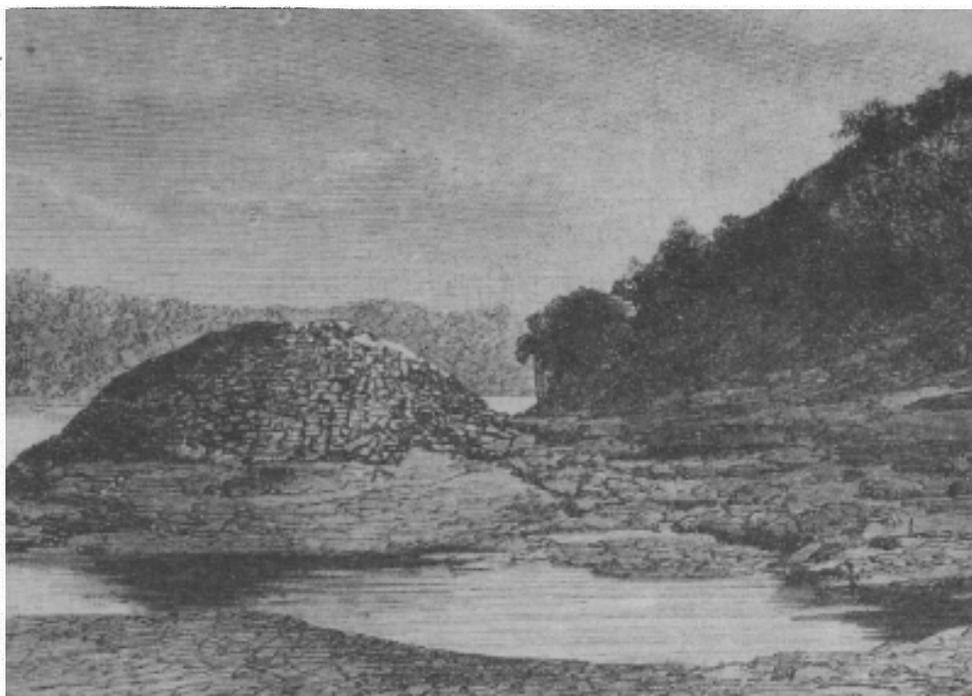
juntos y, cosa rara, nos separamos cada uno convencido de que había recibido más de lo que había dado.*

Teobert Maler llega a México como cadete del ejército francés de ocupación. Después de que a Maximiliano le sucedió lo que todos sabemos, decide no obstante quedarse en el país. Viaja a Palenque, y conoce a Monsieur Gustave Bernoulli, quien lo inicia en los secretos de la arqueología de aquellos tiempos. Así, en 1887, Maler va directamente al meandro del río Usumacinta, en plena selva lacandona, donde con toda minuciosidad levanta la más completa monografía de la zona arqueológica que existe hasta la fecha. Y, no contento con eso, da al lugar su nombre definitivo: Yaxchilán, que significa "Piedras verdes", tomándolo de un arroyo cercano.

Yaxchilán se tiende sobre la orilla izquierda del Usumacinta, por lo que se encuentra dentro del estado de Chiapas, en la zona limítrofe con Guatemala. Dos accidentes naturales condicionan su forma y distribución: el propio río y las colinas de roca caliza. Sobre éstas, adaptadas hábilmente mediante rellenos, se localiza la ciudad; la parte más baja, sobre una amplia explanada a la que se ha designado como la Gran Plaza, está constituida por cinco unidades menores. A partir de ella y a través de un sistema de escalinatas y terrazas, se accede al resto de los conjuntos arquitectónicos.

Yaxchilán cuenta con numerosos monumentos escultóricos de gran calidad. Estos pueden dividirse en dos modalidades: la primera es el alto relieve; se caracteriza por la profundidad de la talla, que hace destacar en forma notable los distintos planos en que se desarrollan las escenas, compuestas por figuras humanas y glifos de bellísima simplicidad. La segunda, el bajo relieve, en el que las escenas son más complejas, resulta de menor calidad debido a la poca profundidad de la talla.

La gran cantidad de estelas y monumentos ha convertido al sitio en un foco de atención para un buen número de investigadores nacionales y ex-



trajeros. Cabe destacar el trabajo de la arqueóloga Tatiana Proskouriakoff, sobre todo el realizado durante los años de 1963 y 64 en el campo de la interpretación epigráfica de los glifos, donde plantea el carácter fundamentalmente histórico de las representaciones, relegando el religioso a segundo plano.

Así, gracias en gran parte a esta investigadora se ha logrado establecer, en términos generales, que Yaxchilán inicia su

actividad escultórica durante el Clásico Temprano maya, mediante la estela 27 que ostenta la fecha 514 d.n.e. (de nuestra era).

Posteriormente, entre los años de 726 a 742 d.n.e., es gobernada por un personaje al que se le conoce como Escudo-Jaguar, quien tuvo tres esposas y al parecer no era originario de Yaxchilán. Con él se inicia la expansión territorial del sitio, que sería consolidada por medio de alianzas

matrimoniales por el siguiente gobernante, conocido como Pájaro-Jaguar, cuyo mandato se sitúa entre los años 752 y 770 d.n.e. Este es el momento en el que Yaxchilán adquiere su fisonomía definitiva.

Finalmente, el último periodo de actividad escultórica —la cual muestra ya una decadencia—, del año 770 al 792 d.n.e. El nombre del gobernante aún es incierto, pero aparentemente descende de Escudo-Jaguar, y continúa, aunque en menor es-